

El concurso de relatos de la SEV

PRIMER PREMIO

THE HAVEN..... por Jesús Urquiza López

He estado pensando mucho, ahora es lo que nos queda, tiempo para pensar. ¿Acaso podemos ser alguien más? ¿Reside la culpa de un individuo en que no comprende el significado de su propia existencia? Elige vivir, elige zapatos de marca, elige las redes sociales, elige enamorarte, elige una carrera, elige un trabajo, elige tener hijos, elige morir.

Yo simplemente elegí, no elegir.

Querida Elisabeth, quería contarte que ya no tengo más desvanecimientos, al menos no que recuerde desde hace unos siete años. De momento sigo trabajando en la fábrica, haciendo esas bombas de respiradores que ya nadie usa. Sigo pensando lo que pensaba en su momento, ¿para quién hacemos ya estas bombas? Nadie tiene ya la enfermedad, y si la tuviera, bien sabes tú que no necesitaría respirador. La demanda de respiradores acabó al mismo tiempo que la demanda de mascarillas y la demanda de camas en los hospitales.

Recuerdo vagamente los tiempos anteriores al virus, como una ficción barata. Recuerdo a mi padre bajar a comprar su caja semanal de cigarrillos Pyramid y traernos algunos sobres con cromos coleccionables a mi hermana y a mí. Recuerdo ir con mi madre a hacer la compra a los supermercados o incluso a esos mercados con tanta fruta expuesta y tanta gente andando de acá para allá, como atrapados mansamente por la tranquilidad del lugar.

Eso, como ya te he contado en otras cartas, sería ahora impensable. Ya sabes lo que odio los dispensadores automáticos de comida y esa luz artificial ultravioleta que nos hacen usar siempre que salimos de cada habitación. También recuerdo de vez en cuando los partidos de tenis, de fútbol, o salir en bici, no los programas de realidad que nos hacen usar ahora. Ya ni siquiera los dejo funcionando para cumplir con mis horas de sociabilidad obligadas. Vamos, qué más pueden hacerme, lo único que me pertenece ya es este asfixiante y continuo olor a alcohol.

Por cierto, el otro día me mandó un mensaje Phill, ya solo quedamos él y yo del grupo del 2005. Nunca llegó a caerme en gracia si te soy sincero, aunque fuera él quien nos presentara a ti y a mí, ¿lo recuerdas? A veces imagino tu pelo, largo y castaño con mil destellos dorados como rayos de sol, el apartamento que alquilamos, los veranos en tu casa de la playa, recuerdo encontrar por las mañanas ese cepillo de dientes eléctrico tuyo, o tus gafas redondas al despertar en la mesilla.

Cuando la pandemia del coronavirus estalló, nadie imaginó que llegaríamos a esta situación; recuerdo vagamente que ponían noticias en los periódicos, comenzando en China, expandiéndose por Europa y llegando, a su vez, aquí a Nueva York. Cómo cerraron todo poco a poco y cómo, aun así, se infectó casi todo el mundo inevitablemente. Mi padre trabajaba en el hospital Mount Sinai, a unos metros de Central Park. Recuerdo que le encargaban siempre los proyectos más duros y que solía estar poco en casa. Pero ese era un proyecto diferente, nunca le había visto tan alterado.

Cuando llegé a casa vi que las dimensiones de lo que tenía entre manos eran mucho mayores que lo que estaban contando en las noticias. Entonces fue cuando se lo pregunté, qué le habían encargado. Como bien sabes me licencié por aquel entonces en Ciencias Políticas, pero me apasionaba también la Biología, pretendía ser de esos políticos de la cumbre preocupados por el cambio climático, contamina-

VIRALES: Concurso de relatos de la SEV

ción y superpoblación. Mi padre me contó al detalle las tres investigaciones que estaba llevando a cabo en el laboratorio. Una de ellas estaba ya muy avanzada: debía emplear diversos fármacos antivirales para luchar contra el SARS-CoV-2 y su patogenia en humanos. Si no recuerdo mal, consiguió grandes resultados combinando un fármaco que impedía la acción de las proteasas TMPRSS2 que modificaban la espícula del virus para posibilitar su unión al ya famoso receptor ACE2; también empleaba un fármaco usado contra la malaria, una cloroquina que evitaba la acidificación del endosoma y evitaba así el escape del virus hacia el citoplasma; ambos en combinación con la ribavirina. Además elaboró una vacuna de subunidad con proteínas específicas del virus como la espícula o la proteasa 3CL^{pro}, eficaz en primates, testada en el desafío con el coronavirus.

Pero, además de esto, le habían solicitado un proyecto de financiación privada que consistía en la generación de una cepa de coronavirus con la capacidad de infección similar a la del SARS-CoV-2, pero con una virulencia y letalidad mayor; del cien por cien. No le permitían hacer preguntas. Por lo que me contó, había modificado el RNA del coronavirus para incluirle el gen VP24 del virus del Ébola, que sería responsable de bloquear vías de señalización intracelulares responsables de la activación inmune en presencia del virus. También le había incluido el gen VP35 para facilitar la replicación en hepatocitos, induciendo así una inmunodepresión clave para la letalidad en el huésped, y además amplió los dominios furina de la espícula.

Ahora llega la parte que llevaba años queriéndote contar; pero nunca había encontrado el momento o, sobre todo, el valor para contártelo. Ese día, mi padre debía enviar la vacuna de subunidad, junto con el virus quimera, a las oficinas principales del CDC de Atlanta, Georgia. Yo debía asegurarme de que la caja de bioseguridad permaneciera cerrada y a salvo durante todo el viaje en tren. Fue aquí cuando tuve uno de mis, por la época, muy comunes desvanecimientos, despertándome en el cuarto de baño del tren, con mi padre vertiendo agua sobre mi nuca.

Al parecer dijeron que mi padre era un monstruo: su vacuna fue introducida directamente al personal sanitario de todos los hospitales del estado de Georgia, muriendo todos y cada uno de ellos a los pocos días. Según parece, esta vacuna poseía capacidad de replicación y expresión de genes de patogenia letales. El mundo no volvió jamás a ser lo que era. Cerraron pequeños comercios y más tarde todos los supermercados, colegios y grandes universidades. Fue ahí cuando decretaron la ley marcial y el ejército tomó el control del país, tanto aquí como en el resto de países del mundo. Dos años después habían muerto más de la mitad de las personas del planeta. Tú, cariño, entre ellas. No me dejaron enterrarte. No me dejaron despedirme.

Creo que siempre ha habido alguien conmigo, en mi cabeza, alguien que hacía las cosas que yo no quería o no era capaz de hacer. Alguien que tomaba el control, alguien que no quiere jugar a los juegos virtuales obligatorios, alguien que cambió las etiquetas de los viales en ese viaje en tren, alguien que está escribiendo esta carta ahora mismo y tiene una Beretta cargada con una bala encima de la mesa. Alguien que va a apretar el gatillo.

He estado pensando mucho, ahora es lo que nos queda, tiempo para pensar. ¿Acaso podemos ser alguien más? ¿Reside la culpa de un individuo en que no comprende el significado de su propia existencia? Elige vivir, elige zapatos de marca, elige las redes sociales, elige enamorarte, elige una carrera, elige un trabajo, elige tener hijos, elige morir.

Yo simplemente elegí, no elegir.

Tuyo,
Chris Newman
20 de abril de 2019



Jesús Urquiza, estudiante predoctoral del laboratorio de la Dra. Covadonga Alonso Martí, en la sección de Biotecnología del Instituto Nacional de Investigación Agraria y Alimentaria (INIA) de Madrid, donde realiza estudios de interacción entre proteínas víricas y celulares.



EL PRECIO DE APRENDER

por Gloria Jerónimo Zárate

Me acaban de decir que hemos superado la quinta y última fase selectiva para conseguir el Permiso de Concepción. Aún no puedo creerlo, parece que fuera ayer cuando conocí a Martín y a su sonrisa desvergonzada. No ha sido un proceso fácil, han sido meses muy largos llenos de dudas e incertidumbres. Solo unos pocos superan las Pruebas de Adecuación Parental, permitiéndose así el privilegio de ser padres. Siempre y cuando, claro, nos podamos permitir pagar las altas tasas de acceso.

Estamos en el año 36 DS (después del SARS-CoV-2). Durante el suceso de la Gran Pandemia, el mundo se detuvo en seco y dejó tras de sí una sociedad devastada. Sin embargo, mientras los pulmones de personas de todos los rincones del planeta luchaban por cada bocanada de aire, los pulmones del mundo volvían a respirar por primera vez desde que tuviera lugar la Primera Revolución Industrial. Desde ese momento no ha habido cabida para más escépticos, era evidente nuestro efecto en la contaminación atmosférica, que en cuestión de días de inactividad humana se revirtió casi en su totalidad. Los cielos volvieron a ser azules, la lluvia ya no ardía y los meses eran fríos.

La vida es muy diferente desde entonces. Dicen que la naturaleza es capaz de autorregularse y controlar todo lo que amenaza con destruirla. Como decía Malthus, ante un aumento exponencial de la población y aritmético de los recursos naturales, del mismo ecosistema se desencadenarán mecanismos que permitan frenar este aumento. Ahora la visión del mundo ha cambiado de forma drástica, y de la vida, también. Durante los meses de cuarentena y lucha frente a ese pequeño virus, se observaron incontables gestos de empatía y compañerismo a lo largo de todo el mundo. Sin embargo, una cosa era clara, la solidaridad de toda una comunidad no es algo que se alcance de forma espontánea, solo un evento tan drástico por el que pasamos podría derivar en el sacrificio a grandes dimensiones por el bien común y era evidente que, una vez vueltos a la normalidad, desaparecería. Es por ello por lo que, de alguna forma, nos vimos forzados a crear la sociedad que concebimos hoy en día.

Gracias a los grandes avances en la ingeniería de reproducción, nos podemos permitir la modelación genética de nuestra descendencia, para así evitarnos problemas con el famoso Cuello de Botella. Esto nos permitirá también elegir su género. Martín y yo ya hemos decidido que queremos que sea una chica. Le llamaremos Gaia, como la diosa de la Naturaleza, y la criaremos en la casa que mi madre nos dejó en herencia a las afueras de la ciudad. Estoy segura de que hará a mi padre muy feliz.

Pasan los meses y parece que fuera ayer cuando recibimos la gran noticia. En un mes saldré de cuentas. Anoche terminaron de instalar la habitación del bebé. Está todo completo: la cuna que se transforma en cama para adulto para poder aprovecharla en el futuro, un armario completo de ropa para sus primeros seis meses de vida, un pequeño caballito balancín, una pintura personalizada que decora las paredes del dormitorio con motivos selváticos y un baúl lleno de juguetes. Me he asegurado de que no falte ningún detalle, han sido años de espera para que llegase este momento.

En uno de esos días en los que no esperas que pase nada que lo saque de ser normal, volvía a casa, después de haberme paseado durante horas por las estanterías de un macro complejo de jugueterías y complementos para madres primerizas. Recuerdo que, a mis cinco años, mi pasatiempo favorito era una muñeca bebé que lloraba cuando le quitabas un enorme chupete color rosa. Me hacía ilusión comprarle algo similar a Gaia, pero este tipo de condicionamientos ya no se conciben en la educación de una niña. Se trata de evitar en la medida de lo posible fomentar el desarrollo de su instinto maternal.

VIRALES: Concurso de relatos de la SEV



Gloria Jerónimo Zárate, estudiante predoctoral en el Departamento de Biotecnología del Instituto Nacional de Investigación y Tecnología Agraria y Alimentaria (INIA), en el grupo de Covadonga Alonso Martí, donde trabaja con el virus de la peste porcina africana (PPA).

Me decanté entonces por comprar peluche de un osito polar blanco. En su trasero se podía leer: "¡Cuídame!". Aparqué mi bicicleta en su cargador solar y entré en la casa. Mi padre estaba allí. Como muchas otras veces, venía a comprobar si podía ser de algo de ayuda con los preparativos del gran día. Esta vez, sin embargo, su semblante era extraño. Una enorme sonrisa dibujaba su cara de extremo a extremo, pero en sus ojos se podía leer un tono de resignación. "Me temo que no podré conocerla", me dijo.

A decir verdad, era algo de esperar. A todos nos preparan durante años para cuando llegue el momento de la despedida, con seminarios obligatorios cada medio mes. La muerte ya no es más que un proceso más para todos nosotros, por el que tenemos que pasar más temprano que tarde. A día de hoy, los avances en la salud tienen el propósito de asegurarnos una vida larga y plena, pero no infinita. Tal vez es el precio que tenemos que pagar todos por no haber aprendido a respetar el planeta cuando aún estábamos a tiempo. Aquella misma mañana, los encargados del programa de Control Poblacional se habían puesto en contacto con mi padre para avisarle de que su tiempo se acababa. Tenía ya una edad digna de admirar, y nuestra familia crecía. De forma inevitable, llegados a este punto de colapso poblacional, donde una vida empieza, otra debe llegar a su fin.

